



“Eres acaparadora de conocimientos y esas son las personas que necesito”, cuenta Berta que le dijo un día de 1960 el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. /Foto: José A. Rodríguez

La reina de los fármacos

Una doctora ya jubilada, de la primera graduación de farmacéuticos tras el triunfo de la Revolución cubana, vierte sus recuerdos de 86 años. Entre ellos guarda un lugar especial para Fidel

Delia Proenza Barzaga

Semeja una deidad africana; quizá Ochún, la diosa del amor; o Yemayá, la virgen negra. Pero es solo Dios el objeto de su veneración. Al fin y al cabo, explica, nació en Natividad, el lejano batey azucarero de la entonces provincia de Las Villas donde su bisabuelo esclavo fue creando descendencia.

“Que esto se mantenga por los siglos de los siglos”. De ese modo elíptico y elocuente formula Alberta de la Caridad Cañizares González su deseo de que la realidad cubana actual nunca sea revertida. Y menciona a Fidel y a Martí con tal pasión que pareciera amiga, desde la infancia, de los dos grandes hombres.

Carga sobre sus hombros el peso de más de ocho décadas y media. Sobrelleva dolencias que por momentos se toman agudas. Pero nada parece suficiente para borrar de su rostro esa expresión de regocijo que suele acompañarla.

Al salir de la Universidad de La Habana en 1960 era la primera hija de Sancti Spíritus en titularse como Doctora en Farmacia tras el triunfo de la Revolución cubana. Berta, como la conocen donde quiera que ha ido, es de esas personas que nadie olvida y con las que nunca se deja de contar.

“La Universidad había cerrado en 1956 y volvió a abrir solo con la Revolución en el poder. Yo me gradué en el mismo año de la carrera de Farmacia, a la que dediqué la mayor parte de mi vida, y de la de Químico Azucarero, que hice en la escuela de Agronomía. Tenía que estar desplazando constantemente. Ha sido un placer para mí haber trabajado como trabajé”, asegura.

Su sencillez lo permea todo. Su voz, ronca y en extremo sui géneris, destila añoranza. Mientras evoca detalles de su ajetreado esquema laboral la imagino en el central de su infancia, al que se consagró por espacio de 10 años, decidiendo, en las noches, las cualidades del azúcar que surgía en sus tachos. El resto del tiempo laboraba en bóticas. Ponía el alma en cada fármaco que rozaban sus manos.

Concluida la memorable zafrá de 1970 se decidió por la rama de la Salud, donde comenzaría a tornarse imprescindible al asumir como directora de Farmacias. “Este pueblo todo me conoce. Pregunta por la doctora Berta, por ejemplo, en el hospital Camilo Cienfuegos, y verás. Aunque no me vean, si escuchan mi voz enseguida van a saber quién soy. Trabajé todo el tiempo con mucho amor, por el bien de los seres humanos”, advierte.

Menciona el ya lejano 1993, cuando se acogió a la ju-

bilación y comprendió que aquello no significaría retirarse. “Continué porque siempre han necesitado mis servicios, sobre todo en actividades científicas, donde integraba los jurados. Y yo siempre he estado dispuesta a dar mis conocimientos. Muchos médicos saben eso y todavía me llaman para que los ayude o los oriente”, refiere sentada en un sillón de su casa, en la calle Isabel María de Valdivia de la cabecera provincial, donde reside desde hace décadas.

Cierta vez sostuvo con el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz un diálogo que no ha olvidado jamás. Era abril de 1960 y él llegó, bien temprano, a las escalinatas del alma máter habanera. “Enseguida que nos vio empezó a preguntar. Mientras le respondía hablé mucho, mucho, mucho, y él comentó que yo era muy avispada.

“¿Estás estudiando dos carreras? ¡Eres una acaparadora!”, me dijo, riéndose. Le dije que así era, que eso le hacía falta a Cuba. Y él: ‘¿Tú no sabes una cosa? yo deseaba que matricularas Pedagogía’. Yo le argumento: ‘No, Doctor; pero, ¿cómo, si usted me acaba de decir acaparadora? Entonces agregó: ‘No, es que eres acaparadora de conocimientos y esas son las personas que necesito. Yo estoy seguro de que vas a ejercer las tres, porque, fíjate: eres muy inteligente’.

No se hizo pedagoga, pero ha ejercido el magisterio. “Yo he sido en cierto modo una maestra —reconoce—, porque cuando en 1974 empiezan los cursos de técnicos en Farmacia en Cienfuegos tenía que darles continuidad a casi todos los que venían para acá. Sabía que lo mío eran las ciencias”. Lo que no sabe ella es que cientos de sus coterráneos la consideran su maestra también por muchas otras razones.

No tuvo hijos, pero se siente querida y acompañada tanto en el barrio como en la vida. Durante sus últimos años de trabajo fungió como fármaco-divulgadora de la provincia, lo que la llevaba a visitar los municipios y vincularse con el personal médico. “Tenía que dar información sobre los medicamentos que se fabricaban, si iban a venir o no y cómo sustituirlos por otros; explicar sus propiedades farmacológicas, reacciones adversas; definir qué especialistas debían utilizarlos, pues algunos servían para varias especialidades”.

Escucho sus palabras al vuelo, justo cuando la puerta se cierra tras nosotros: “Yo sigo persiguiendo los periódicos y leyendo lo que ustedes escriben”. Su imagen de mujer imponente, desde lo alto de la escalera, me sigue pareciendo la de Ochún o la de Yemayá.

¿Un hombre araña en Sancti Spíritus?

Testimonio del joven que por estos días sube y baja colgado de cuerdas los más de 30 metros de altura de la Iglesia Mayor

Mary Luz Borrego

Durante los últimos días un espectáculo inusual hace detener a la mayoría de los espirituanos que circulan cerca de la Iglesia Mayor: colgado de las cuerdas y el arnés, un joven “pasea” por los más de 30 metros de la torre campanario, como una especie de hombre araña, pero bien distante de los móviles del popular superhéroe de los cómics infantiles.

“Estamos rompiendo los parches, repellando, dando fino y pintando. A veces subo por la escalera interior, pero en la última parte de arriba tengo que hacerlo con cuerda obligado porque no tiene otro acceso”, aclara dudas Ledier Rosales cuando desciende calmadamente de las alturas.

Este joven matancero de 27 años, una suerte de alpinista de ciudad, aprendió el oficio en una empresa en Varadero y ahora trabaja por cuenta propia: durante los últimos años ha subido importantes edificios de casi todas las provincias cubanas, excepto Cienfuegos y Pinar del Río.

Vestido con *short*, enguatada y tenis comunes, sube y baja varias veces en el día, casi con tanta destreza como el famoso escalador Alain Robert, “el hombre araña francés”, conocido por escalar todo tipo de estructuras alrededor del mundo, incluido el puente Golden Gate de San Francisco y el edificio Burj Al Khalifa, en Dubái.

¿No resulta muy peligroso volar tan alto?, inquiere Escambray.

“Tenemos todo seguro, el arnés con todo el equipamiento. Trabajo

con dos cuerdas y subo por ahí para allá. Incluso ahora estoy enseñando a otro muchacho de aquí, Yordano Harrison”.

¿No sientes miedo?

“Siempre hay miedo, el miedo lo sentimos todos, pero si tienes lo que te asegura, no. Ya estoy más confiado. No soy fácil para asustarme, puedo patinar, pero tengo las cuerdas y estoy operado de los nervios”.

Y tu mamá, la familia, ¿cómo lo toman?

“Nada, como algo normal”.

Esta resulta la tercera ocasión que Ledier Rosales asume el mantenimiento del templo espirituario, Monumento Nacional y símbolo de la villa. En esta ocasión, además de los trabajos de pintura y remozamiento, se sustituyeron las puertas del atrio, siempre respetando los valores patrimoniales de la antiquísima construcción.

Desde los portales del mercado El Convenio y en plena calle los transeúntes se detienen asombrados a curiosear el trabajo de este equipo, donde también intervienen el ayudante Yuniel Harrison y el arquitecto Magdiel Cabrera. Para unos eso de escalar así, amarrados con sogas, es una verdadera locura, otros temen por sus vidas y los más temerarios aplauden el ascenso.

“Yo estoy aprendiendo con él porque hay que aprender de todo un poco. Es difícil, pero se hace, el miedo lo dejas dentro. Algunos creen que nos vamos a caer, pero esto es más seguro que un andamio. Tenía miedo, pero ya no. Este año empecé y ya subo y trabajo allá arriba sin problemas”, remata el aprendiz Yordano Harrison.



Bien cerca del campanario el trepador resana las paredes de la vetusta iglesia. Foto: Vicente Brito